

5649
OA

ENTREVISTA AL SR. PATRICIO AYLWIN, PRESIDENTE DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO.

16 de Septiembre de 1987

P.: Acaban de cumplirse 14 años de gobierno militar en el país y quisiera conocer el balance que Ud. hace de este período. ¿Ha cambiado la sociedad chilena de manera irreversible o es la misma de antes? ¿Es posible volver a recuperar aquellas tradiciones culturales perdidas en estos 14 años?

R.: Diría, en primer lugar, que es evidente que el tiempo no pasa en vano. No me refiero sólo a los cambios introducidos por el régimen, sino también a las circunstancias mundiales. Chile y el mundo han cambiado. Si uno recuerda el Chile de la década del 60 y de comienzos de los 70, una de sus características más notorias era el grado de ideologización que habían alcanzado los distintos sectores nacionales, al menos las élites y, especialmente, en el campo juvenil. Todos estaban motivados por ideologías totalizantes que intentaban definir modelos de sociedad conforme a las concepciones y utopías de cada grupo. El signo del Chile de hoy es, en cambio, el pragmatismo, demasiado aterrizado y sin vuelo, que tiene sumida a la inmensa mayoría de las personas en la preocupación por su propio destino individual o familiar. Pareciera que se ha renunciado a las utopías y, salvo en los sectores extremos, no se divisa una influencia ideológica importante.

P.: ¿Piensa Ud. que detrás de este pragmatismo se esconde la desesperanza, el escepticismo tal vez?

R.: Creo que estos años han llevado a la gente a olvidar las ilusiones, a renun-

ciar a construir un mundo mejor. Por consiguiente, han sumido a la inmensa mayoría en una gran desesperanza. Este fenómeno, que es de naturaleza cultural, lo vinculo a otros signos negativos de la sociedad en que vivimos. Quisiera destacar al menos dos: en primer lugar, una especie de egoísmo generalizado. Cada cual se preocupa sólo de sí mismo. La lucha por la existencia se ha tornado de tal manera dura, despiadada incluso, que no hay tiempo ni espacio para las grandes generosidades. En segundo lugar, habría que mencionar el fenómeno muy grave de la división del país. Veo al país profundamente dividido. En el plano político, la lógica de la guerra que ha impuesto el régimen divide a los chilenos en amigos y enemigos. El que está con el régimen es amigo; el que está contra el régimen es comunista o ingenuo, sirviente del comunismo y enemigo. "estamos en guerra señores" repite el General Pinochet. Pero el país está también dividido, a mi juicio en forma muy dramática, en el plano económico-social. Cuando uno piensa que el 10% de la población más acomodada recibe el 46% del ingreso nacional, en tanto que el 10% más humilde recibe apenas el 1,5% de dicho ingreso; cuando el 50% inferior de la sociedad recibe el 15,2% del ingreso nacional, lo que quiere decir que el 50% superior recibe prácticamente el 85%, el desnivel en la población es demasiado grande. Esta división no sólo tiene consecuencias en relación a las condiciones materiales de vida, tales como alimentación, vestuario y vivienda, sino que se expresa también en las limitaciones que tienen las personas para acceder a la salud, a la educación, a la previsión y seguridad social. Agregaría también que tal división tiene una dimensión cultural muy importante.

P.: ¿Cuál es, a su juicio, el impacto cultural de la desigualdad social que menciona?

R.: Si uno piensa en la historia de Chile entre 1920 y 1970, creo que se puede observar con mucha claridad la existencia de un proceso progresivo de ascenso y movilidad social de los sectores más modestos de la población; un proceso de incorporación de las grandes masas proletarias no sólo a mejores niveles de vida, sino que a la educación, a la salud, a la previsión social, a la cultura. Fue un proceso de transformación de los sectores más modestos en sujetos activos de la vida nacional. A través de la organización sindical y de las distintas formas de organización comunitaria pasaron a ser parte integrante y activa de Chile; en cierto modo, motores de su desarrollo. No obstante la pugna ideológica, todo esto fue provocando un proceso de integración nacional. Socialmente hablando, pienso que Chile de 1970 era más unido que hoy. Había más valores comunes. La gente se sentía parte de una misma cosa, de la misma realidad nacional, a pesar de las profundas divisiones ideológicas. El proceso de estos 14 años ha sido a la inversa, de desintegración. El sector bajo se ha ido marginando, aplastando, reduciendo en sus posibilidades, y ha crecido en volumen. El sector alto ha ido creciendo excesivamente en su riqueza. El régimen se jacta muy a menudo que este país está alcanzando los niveles de vida de los países desarrollados, que estamos en el umbral del desarrollo. Pero eso es cierto sólo para un reducido grupo. Quien vaya a los barrios marginales y vea los pobres de este país no puede decir una cosa semejante. A mí me asusta mucho esta división porque veo que hay dos Chiles muy incomunicados entre sí. La pugna ideológica provocaba antes, de algún modo, una comunicación, aunque fuera polémica. Hoy día son mundos aislados y eso lo encuentro muy grave.

P.: Algunos economistas argumentan que esa unidad de los años 60 y de comienzos de los 70 a la que Ud, alude era relativamente ficticia porque el país estaba ce-

rrado al comercio internacional. Tarde o temprano, agregan, esa unidad interna entraría en contradicción con el desarrollo real de la economía mundial, haciéndose insostenible. Y aunque algunos reconocen el dramatismo de las cifras que Ud. ha mencionado, sostienen que ese es el costo o el precio de la modernización en esta etapa específica del desarrollo. ¿Qué opina Ud. al respecto?

R.: Francamente, creo que es un costo desproporcionado para una modernización cuyos beneficiarios son sólo una parte reducida de los chilenos y no la mayoría. Si se tratara de una modernización que beneficiara realmente a todo el país los costos se repartirían. Pero no pienso que para abrir el país al mercado internacional e integrarlo a la economía mundial haya sido necesario implementar una política tan drástica, tan deshumanizada, con tanto menosprecio por la mayoría del pueblo chileno. Creo que esos objetivos se podrían haber logrado de una manera incluso más efectiva y de menor costo en forma progresiva y no drástica. Pienso, por ejemplo, en lo ocurrido con la industria nacional. No era indispensable hacer quebrar a la mayoría de las industrias invadiendo el país con productos externos. La apertura de Chile al comercio exterior pudo hacerse por etapas, disminuyendo progresivamente los aranceles aduaneros, en lugar de fijar drásticamente en 10% dicho arancel, poniendo a la industria nacional en una situación imposible frente a la competencia extranjera. Por otra parte, hoy mismo leía en el diario cómo ha aumentado nuevamente en el último semestre, de una manera impresionante, las importaciones de bienes suntuarios. No veo que eso sea indispensable para la modernización del país. Tiene que haber un criterio de equidad, un criterio moral para regular estos procesos de tal manera que la economía esté al servicio del hombre y cumpla con los criterios señalados por S.S. Juan Pablo II en su discurso en la CEPAL, donde pro-

puso una "economía de la solidaridad". La nuestra ha sido en estos años una economía de des-solidaridad total.

P.: Esto nos devuelve otra vez al problema cultural y al rol de la Iglesia y del cristianismo en la cultura nacional. ¿Piensa Ud. que el desarrollo de este período ha tomado la orientación que indica debido a un cierto fracaso de la Iglesia en cuanto a su presencia cultural? En la Democracia Cristiana de los años 60, por ejemplo, se hablaba todavía con respeto e interés de la Doctrina Social de la Iglesia. Hoy en día, en cambio, es un tema del que no se habla más y hasta se la considera obsoleta. ¿Qué piensa Ud.?

R.: Creo que el proceso de ideologización a que antes me refería provocó un espíritu revolucionario que en el mundo cristiano de nuestro continente se expresó en la teología de la liberación y que consideraba sobrepasada a la Doctrina Social de la Iglesia. Diría, sin embargo, que estamos de vuelta. Medellín y, sobre todo, Puebla, han marcado una tendencia que, podríamos decir, incorpora algunos aspectos destacados de la teología de la liberación pero dentro de la estructura básica de la Doctrina Social de la Iglesia. Algunos documentos del Magisterio de estos años, como la encíclica *Laborem Exercens*, han actualizado la doctrina social conforme a las grandes preocupaciones de nuestro tiempo y han dado respuesta a muchas de las inquietudes que tenían los cristianos más progresistas. Pero contestando directamente a su pregunta, yo diría que se ha hecho manifiesta en este período una contraposición en que, por una parte, la Iglesia se hace presente como "la voz de los que no tienen voz", como expresión de solidaridad humana con los que sufren, más allá de las diferencias ideológicas, ganándose el respeto y la adhesión del

pueblo chileno. Pero, por otra, ha sido manifiesta también la poca vigencia e influencia real de los valores cristianos en los sectores más influyentes de la sociedad chilena de estos años. Me refiero concretamente a las fuerzas armadas, a los sectores empresariales y, en general, a lo que pudiéramos llamar el mundo de la derecha. Hay un divorcio profundo en la conducta de la gente que ha mandado en Chile en este período. Se proclaman católicos, y puede ser que en el plano individual sean observantes y muy buenas personas. Pero no veo que en el cumplimiento de sus tareas sociales pongan en práctica los valores cristianos ni las enseñanzas de la Iglesia. Hay ahí una ruptura, una incoherencia muy curiosa.

P.: ¿No le parece a Ud. que el socialcristianismo de los años 30, que posteriormente se expresa también en la Democracia Cristiana, surgió precisamente porque en los grupos de derecha de entonces se notaba ya esta incoherencia que Ud. menciona?

R.: Cierto. Cuando nació la Falange Nacional en los años 30 y se desarrolló el movimiento socialcristiano aún antes, en los años 20, muchos cristianos querían hacer realidad en la sociedad chilena los criterios de las grandes encíclicas sociales, Rerum Novarum y Quadragesimo Anno, puesto que se encontraban con el mundo conservador tradicional, apegado a un patrón de conducta más bien capitalista. No obstante su adhesión a la fe católica, no practicaba los valores cristianos en el ámbito social. De ahí se explica que del seno del partido que estaba ligado a la Iglesia, el partido conservador, surgiera el movimiento social cristiano. La diferencia que yo noto entre la situación de entonces y la de ahora es que quienes gobernaban a Chile en esos años no se decían católicos. Era la época de los gobiernos liberales y radicales, de libres pensadores, de masones. Y esa gente puso el poder del Estado al servicio de un proceso de transformación económica y social lento pero sostenido,

reformista y no revolucionario que, yo diría, iba paradójicamente en la línea de la doctrina social cristiana aunque fuera ejecutado por gente que no se decía cristiana. En este sentido, el movimiento socialcristiano en Chile, expresado posteriormente en el Partido Demócrata Cristiano, quiso hacer avanzar e impulsar más este proceso y darle un contenido más cristiano, ~~formalmente cristiano y no sólo sustancialmente cristiano~~. Hoy en día, en cambio, se da la paradoja de que pocas veces en el país había ocurrido que la mayor parte de los que mandan se declaran y hacen ostentación de su catolicismo.

P.: No obstante lo cual, sin embargo, la Iglesia ha mantenido distancia y ha guardado su autonomía.

R.: Evidente. Porque es muy claro el contraste entre esa ostentación formal y una conducta reñida con los más elementales valores morales cristianos tanto en lo que se refiere a los derechos humanos como en lo relativo a la política económica y social.

P.: Analizando la evolución del Partido Demócrata Cristiano, ¿piensa Ud. que puede jugar un rol clarificador de las tendencias culturales cristianas en el país o es algo que ya no puede hacer? Se lo pregunto porque da la impresión que la referencia a los valores cristianos en su partido, exceptuando el ámbito de los derechos humanos fundamentales, ha sido sustituida por criterios técnicos o, incluso, tecnocráticos. Le pregunto entonces ¿es todavía la Doctrina Social de la Iglesia una fuente real de inspiración que permita superar la contradicción por Ud. señalada entre un catolicismo declarado y una conducta en verdad lejana al cristianismo?

R.: En lo sustancial, mi respuesta a su pregunta es afirmativa. El trasfondo de la inspiración y los criterios orientadores vigentes todavía en la Democracia Cristiana corresponden a los valores de la Doctrina Social de la Iglesia. Si bien el partido es laico y nunca fue confesional, la mayor parte de sus dirigentes, tanto a nivel nacional como provincial y comunal, somos católicos observantes y tenemos buenas relaciones personales con los miembros de la jerarquía. No obstante, por una especie de pudor o de defensa de la identidad de cada cual o de un recíproco temor a ser absorbido por el otro, la Iglesia y el Partido Demócrata Cristiano aparecen formalmente muy distantes. Por ejemplo, bajo el gobierno del Presidente Frei, siendo excelentes las relaciones personales y la amistad del Cardenal Silva Henríquez y el Jefe del Estado, la Iglesia y el gobierno cuidaron sus respectivos ámbitos de competencia, y sus relaciones, aunque no distantes, fueron formales. El Cardenal apareció mucho más en público con Allende que con Frei. No porque estuviera más cerca de Allende, sino debido a las características propias de ese gobierno. Allende trató de cultivar la amistad con la Iglesia, del mismo modo como lo hizo Pinochet en los primeros tiempos y todavía trata de hacerlo con algunos. El gobierno de Frei, en cambio, tenía un cierto complejo de que no lo fueran a acusar de clericalismo y la Iglesia, por su parte, de que no la fueran a acusar de favorecer a un gobierno de católicos. Este fenómeno lo puede observar Ud. hasta en la más modesta parroquia. Nuestros camaradas se quejan generalmente de que los curas y los obispos se rodean más de personas del Mapu y de la Izquierda Cristiana [grupos políticos de izquierda desgajados de la Democracia Cristiana a comienzos de los 70 - N.R.] que de demócratas cristianos. A éstos les tienen un poquito de distancia. Es un fenómeno muy curioso. Sin embargo, a pesar de todo esto, yo creo que nuestro trasfondo ideológico, los valores que sostenemos

y los planes que proponemos, más allá de sus fundamentos técnicos y del rol que juegan también los tecnócratas, son fundamentalmente de inspiración cristiana.

P.: Esta preocupación que Ud. menciona de mantenerse formalmente distantes de la jerarquía de la Iglesia, aunque tenga la intención de evitar el clericalismo ¿no termina por reforzarlo? ¿No será que los laicos cristianos no se atreven y les da vergüenza hacer un juicio político-social desde su fe y prefieren entonces que lo haga el cura, la jerarquía, para no comprometerse en eventuales roces o fricciones?

R.: Sí, puede haber algo de verdad en lo que Ud. afirma. Pero, en general, el Partido Demócrata Cristiano chileno ha sido muy cuidadoso de no hablar en nombre del catolicismo, ni siquiera en nombre del cristianismo.

P.: Pero se produce entonces, por ejemplo, la situación característica del período político actual. La "voz de los sin voz" es, finalmente, la de la jerarquía porque goza de cierto fuero. Con ello se corre el riesgo de que los laicos cristianos estén esperando la continua intervención de la jerarquía en materias contingentes, en lugar de promover por sí mismos un movimiento cultural capaz de resolver los problemas político sociales.

R.: Sí, yo creo que ha sucedido eso. La gran campaña del régimen contra los partidos políticos, en general, y contra las personas dedicadas a la política, en particular, ha producido algunos efectos. Yo creo, y las encuestas así lo revelan, que el hombre común no confía mucho en los políticos ni espera mucho de ellos. Quien con su conducta ha aparecido, en cambio, interpretando las necesidades, los proble-

mas, las aspiraciones de las grandes mayorías ha sido, de un modo u otro, la Iglesia. La gente tiende a esperar y a pedir a la Iglesia soluciones que indudablemente trascienden las funciones propias de la jerarquía eclesiástica y de su rol frente a la sociedad. Pero en el último tiempo se ha tomado conciencia de ello. Tal vez haya sido uno de los efectos que ha producido la visita del Papa a Chile. Quizá no es todavía muy visible, pero nace de una suerte de corriente subterránea generada por su visita: los sectores políticos han tomado mayor conciencia de la responsabilidad específica que tienen de ofrecer al país una alternativa frente al régimen actual.

P.: Muchas personas, incluidos también algunos prominentes miembros de la jerarquía, interpretaron la tarea dejada por el Papa de promover la reconciliación nacional, al menos en un primer momento, como la autorización para que la Iglesia asumiera un rol político mediador entre gobierno y oposición, e incluso, al interior mismo de las distintas corrientes opositoras. Por lo que Ud. me acaba de responder ¿piensa que esta primera interpretación acerca del papel de la Iglesia frente a la reconciliación nacional se está dejando de lado y ya no se le pide a la jerarquía que asuma esta función mediadora? ¿Comienzan a asumir los políticos su propia responsabilidad a este respecto?

R.: Permítame antes de contestar su pregunta hacer una pequeña digresión. Creo que el énfasis que puso Juan Pablo II en el tema de la reconciliación durante su estadía en Chile manifiesta que su diagnóstico de la realidad chilena coincide con el planteamiento que yo le hice hace un momento acerca de la profunda división que sufre nuestro país. Su insistencia en llamar a la reconciliación es la respuesta a

un fenómeno que él advierte: que este es un país profundamente dividido...

P.: ...división que tuvo oportunidad de experimentar personalmente en el Parque O'Higgins.

R.: Exactamente. Lo vió en el Parque O'Higgins y lo vió en sus contactos con los trabajadores, con los jóvenes, con los pobladores, donde pudo apreciar el drama y las voces de esa gente en relación a sus problemas. Y lo vió también en su contacto con el mundo oficial. El llamado a la reconciliación motivó mucho a los chilenos. Pero lamentablemente, y creo no ser sectario al decir esto puesto que es un hecho objetivo, no encontró la menor respuesta en el mundo oficial. No me refiero sólo a las expresiones verbales del régimen acerca de la reconciliación, que denotaban cierto escepticismo, sino a su disposición a dar pasos concretos hacia la reconciliación. La esperanza en una función mediadora de la Iglesia, que probablemente estuvo en el espíritu de la propia jerarquía, recibió de parte del gobierno un balde de agua fría. Cada vez que la Iglesia ha intentado algo en esta materia el régimen le ha dado con la puerta en las narices. Cuando el Cardenal Fresno visitó a Pinochet en vísperas de la Navidad de 1985 y le habló del "Acuerdo Nacional", éste le contestó: "demos vuelta la hoja", es decir, no me hable de eso. La verdad es que el gobierno le ha hecho a la Iglesia cuanto desaire ha podido. Continuamente le enrostra de que se meten en política, de que se están atribuyendo funciones que no le corresponden, de que mejor se vayan a la sacristía y se dediquen a decir misa y a administrar los sacramentos porque esa es su función. Todo esto ha revelado que ni la Iglesia ni los laicos podemos esperar mucho de una eventual función mediadora. Para mí, el fondo del mensaje de Juan Pablo II se expresó en el discurso

a los jóvenes cuando les dice: "la hija de Jairo no está muerta, sino dormida". Yo lo interpreto: las reservas morales de este país, su conciencia cívica, no está muerta, sino dormida. Hay que despertarla. No podemos limitarnos a lamentarnos, sino que hay que encontrar una solución. Estas palabras han motivado la conciencia de la gente que se ha puesto a pensar cómo respondemos a este desafío. Yo tengo fe, en este sentido. En los dos meses que llevo de presidente del Partido Demócrata Cristiano y en los contactos que he tenido con otros políticos, desde los sectores de derecha del Partido Nacional hasta los sectores socialistas que encabeza Núñez, he visto real interés y comprensión frente al deber de ponernos de acuerdo en una alternativa de gobierno que ofrecerle al país. Hay disposición a asumir ese deber, elaborando una propuesta política y un programa alternativo que desemboque en una plataforma de gobierno, incluso con un eventual candidato común. Creo que el cuadro político chileno cambiará sustancialmente si logramos de aquí a fin de año realizar esta aspiración. La apatía, la desesperanza, eso de no ver solución, de creer que es una fatalidad que vamos a seguir con Pinochet hasta fines de siglo y de que este país no tiene posibilidad de gobernarse por sí mismo y de cambiar de rumbo, va a desaparecer cuando el hombre común visualice que quienes disintimos del régimen no nos limitamos a clamar por democracia, sino que somos capaces de presentarle un camino de respuesta a sus aspiraciones. En este sentido, tengo muchas esperanzas.

P.: ¿No piensa Ud. que debido a las profundas divisiones existentes es tal vez demasiado pedirle a los políticos que sean capaces de generar esa esperanza a que Ud. se refiere? Ud. mismo recordaba antes que las encuestas muestran un cierto distanciamiento de la población frente a los políticos. El régimen, por otro lado, ha insistido que el país de los políticos no es el país real. ¿Cómo podría pedirsele

entonces a los políticos que sean capaces de generar una alternativa de cambio?
¿No es pedirles algo que está más allá de sus posibilidades?

R.: No. Si no son los políticos ¿quién otro podría generar un camino distinto? El país necesita visualizar que existe algo distinto. Es responsabilidad de los dirigentes políticos mostrar un camino. En la medida en que éste sea coherente, serio, que el país visualice como real, como una salida pacífica y que responda a las inquietudes profundas del país, profundas pero dormidas, yo diría que los políticos nos vamos a reivindicar, es decir, vamos a recuperar nuestro prestigio, vamos a demostrar que es falso lo que de nosotros se dice. Si no somos capaces de esto, nos habremos hecho acreedores a que las condenas parezcan verosímiles. Confío además que en el momento que podamos ofrecer una alternativa concreta tendremos de parte de la Iglesia un respaldo, no de tipo político-electoral, sino un respaldo moral. Y el prestigio de la Iglesia ayudará a nuestro esfuerzo, sustentará nuestra fuerza porque nos dará coraje. Por lo demás, la Iglesia nos lo está demandando. Tanto el Cardenal Fresno como la Conferencia Episcopal han sido claros al decir que la Iglesia sólo puede señalar criterios, principios, orientaciones generales, pero que la búsqueda de caminos y soluciones concretas es tarea de los políticos. La fórmula de Pinochet, "yo o el caos", encuentra lamentablemente una justificación en el hecho de que los partidos políticos no hayamos concretado hasta ahora un proyecto alternativo. En su último discurso a la nación lo único serio que dijo Pinochet fue eso, es decir, que la oposición no tiene proyecto político. Yo espero que de aquí a fines de año el señor Pinochet no pueda volver a decir eso y que el país vea claramente que hay un proyecto político alternativo que interpreta a la gran mayoría de los chilenos. Entonces el señor Pinochet se va a encontrar con la horma de su

zapato.

P.: Estos pasos supondrían, naturalmente, una clarificación ideológica al interior de la oposición, especialmente, por la fuerte presencia en Chile del Partido Comunista y por la existencia de estrategias armadas contra el régimen.

R.: Claro. Los sectores que estamos procurando concertarnos para ofrecer una alternativa tenemos claras varias cosas. Primero, nuestra vocación democrática, en el profundo sentido de la palabra: nuestra fe en los valores democráticos, la dignidad de la persona humana y todo lo que ella significa, consecuentemente, nuestro rechazo a todo sistema totalitario, a toda forma de tiranía de cualquier signo que sea. Cuando perseguimos una sociedad democrática rechazamos tanto las dictaduras de signo nacionalista o reaccionario, como los socialismos reales que patrocina y practica el Partido Comunista donde quiera que llega al poder. En segundo lugar, también tenemos claro nuestro rechazo categórico a la violencia, a los métodos y a la estrategia insurreccional como forma de lucha contra la dictadura. Esto ha provocado en el seno del mundo político chileno, de la disidencia al régimen, una clara separación entre los que patrocinamos la estrategia de salida pacífica por la vía de la negociación cívico-militar y los que patrocinan la estrategia de la vía insurreccional o rebelión popular, como el Partido Comunista, el MIR y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A pesar de las diferencias ideológicas de quienes estamos procurando una concertación, diferencias que existen puesto que hay demócratas cristianos, gente de mentalidad conservadora y de doctrinas liberales, sectores de inclinación socialista marxista, pero no leninista, sino humanistas marxistas y sectores que se inspiran en el viejo radicalismo laicista de fines del

siglo pasado y de comienzos de este, no obstante estas distintas inspiraciones, digo, hay coincidencia en cuanto a la aceptación de los valores democráticos y al rechazo a la violencia. Y hay coincidencia también en cuanto a la necesidad de que el concepto de justicia presida la política económico-social, para crear condiciones de vida humanas para la gente, lo cual es uno de los puntos que más criticamos al actual régimen.

P.: Este proyecto de consenso y concertación parece dejar atrás una etapa de la oposición al régimen caracterizada fundamentalmente por la estrategia de movilización social y popular que condujo a las jornadas de protesta. ¿Cree Ud. que esta nueva etapa realmente supera a la anterior? Y si su respuesta es afirmativa ¿qué factores son los que precipitan este cambio de estrategia? ¿Son nuevas iniciativas surgidas al interior de la oposición o se produce más bien por el reconocimiento de un cierto fracaso político de la disidencia que, pese a sus esfuerzos, no ha logrado arrebatarse realmente al gobierno la iniciativa política?

R.: Yo diría que la movilización social debe entenderse no sólo como una expresión de legítima protesta, sino también como una forma de canalización de expectativas, de esperanzas. Por esta razón, se esperó de la movilización más de lo que podía dar. Por una parte, las circunstancias generales de la economía del país han producido ochocientas mil personas sin trabajo estable y, en consecuencia, con temor a perder su empleo. La posibilidad de la cesantía es una verdadera espada de Damocles que pende sobre la cabeza de casi todos los habitantes del país. Por otro lado, el hecho de que haya un régimen fuertemente represivo, unido a la acción de grupos violentistas, tanto extremistas de izquierda como miembros de los propios servicios

de seguridad del régimen que actúan como provocadores y, finalmente, la presencia de sectores descontrolados por la desesperación, sobre todo en el mundo juvenil, hicieron que las protestas generaran mucho temor y que la gente no se atreviera a participar en ellas. Si además no se veía claro qué venía después de las protestas, es explicable que no se haya logrado despertar una motivación positiva de participación y haya prevalecido más bien una motivación negativa.

P.: ¿Qué enseñanzas dejó a la oposición la etapa de las protestas populares contra el régimen?

R.: Los sectores opositores hemos ido aprendiendo de la realidad ciertas cosas. Este país no tuvo experiencias en dictaduras como la actual y tampoco se sabe bien el camino por el que se sale de ellas. En Chile se produjo un fenómeno análogo el año 1931 a la caída del General Ibáñez. Pero aparte de que esa era una "dictablanda" comparada con la actual, las circunstancias históricas eran muy diferentes. Somos pocos los que recordamos ya esa época. La mayor parte de nuestra población no vivió esa realidad. Además, hemos tenido un lastre proveniente de las pugnas ideológicas de los años 60 que ha determinado que los sectores democráticos chilenos estén muy distantes unos de otros. Reconstituir una confianza recíproca entre los demócratas de derecha, los demócratas cristianos y los demócratas socialistas en Chile ha sido un proceso que ha requerido tiempo, pero que ha ido madurando. Yo presentaría lo que estamos haciendo ahora como una fase superior de este proceso, que asimila la experiencia de estos años y que ya desemboca en una proposición realista que puede ser muy eficaz. Esto coincide además con el hecho de que el régimen tiene que pasar por una prueba conforme a su propia institucionalidad. Tiene que someterse a

un veredicto popular en el plebiscito que ha programado. La campaña nacional por las elecciones libres que estamos patrocinando intenta someter al régimen al examen de ganar el apoyo en un acto electoral. Sería una prueba fácil para el régimen si lograra presentarse sin alternativa, con la frase clásica de Pinochet: "Yo o el caos". Pero si los sectores democráticos somos capaces de mostrarle al país una alternativa que obligue al régimen, en consecuencia, a transformar la consulta en elección arriesgando ser rechazado por la inmensa mayoría del país, abriríamos las puertas a que nuestra estrategia de salida pacífica sea viable y tenga éxito.

P.: ¿Piensa que esa alternativa debería ser encarnada por una persona o cree que, como sostienen algunos, sería prematuro nominar a alguien que haga el contrapeso a la figura del General Pinochet?

R.: Creo que es indispensable. Pero todo a su tiempo. Primero el proyecto, el programa. Si somos capaces de ponernos de acuerdo en un programa, después tendríamos que encarnar ese programa en una alternativa de gobierno encabezada por una persona. Es claro que los pueblos del mundo entero, también los de América Latina, siguen más a los hombres que a los partidos. Frente a Pinochet tiene que saberse quién de carne y hueso encarnará una alternativa. Es una prueba también para los demócratas si acaso somos capaces de ponernos de acuerdo en un programa y luego en una persona. Yo creo que sí. Si buscamos a esa persona con generosidad, sin protagonismos partidistas ni personales, la encontraremos. Ese es el espíritu con que estamos trabajando.
